

I

MERCADERES DE SEVILLA

1

Los rayos de sol se vertían sobre el atrio como si fueran oro líquido, en una cascada luminosa. La casa palacio tenía dos alturas y su patio interior, rodeado de arcos y de columnas, exhibía una suntuosa balaustrada de mármol. En la escalinata del atrio, Fernando se detuvo a contemplar un haz de luz que se derramaba sobre la piedra. Había vuelto a soñar con la india y con su voz, y, en vano, trató de recordar su nombre. Bajó a las cocinas y encontró a la criada, Aldonza, que calentaba agua para llevarla a la estancia de los señores. La mujer saludó al sobrino de Rodrigo de Cardaña, y fue a por unas viandas para él.

—¿Y el capitán? —preguntó la mujer.

—Estará al caer —murmuró Fernando, y se sentó a la mesa.

Diego de Estrada, al que llamaban capitán, era su mejor amigo y su maestro en armas. El veterano acudía por las mañanas a la casa de los Cardaña para dar a Fernando lecciones de destreza. Fernando amaba el acero y la complejidad de aquel arte. Su padre, don Fernando, había dado órdenes a su hermano, Rodrigo, para que la Destreza Verdadera formara parte de su educación, si bien en la Sevilla comerciante y en los círculos burgueses que frecuentaban difícilmente habría de utilizarla. Fernando era un aprendiz de mercader. De niño, había dejado Santo Domingo poco después de cumplir los seis años. Embarcó rumbo a Castilla en 1525 con su tío, con el fin de aprender en la princesa de las ciudades el oficio de la familia: el comercio. Los Cardaña se habían aliado con unos genoveses, los Bardi, y juntos conformaron una compañía de mercaderes beneficiosa para ambas partes. Tanto fue así que uno de sus socios, el señor Giacomo Bardi, se fue a vivir con ellos a la casa palacio de Sevilla, y Lucrecia Bardi, sobrina de don Giacomo, acabó por desposarse con el primo de Fernando, Juan. Géneros de variada natu-

raleza eran cargados en Cuba y en La Española con destino a la Casa de Contratación y luego tomaban rumbo a Génova para regresar en forma de ricos tejidos que eran vendidos nuevamente en Sevilla. En veinte años, la familia se enriqueció. Don Fernando de Cardaña procuró que su hijo creciera en aquella gran ciudad, que era donde se producían los mayores intercambios comerciales entre grandes mercaderes de todo el continente. Ahora, después de todos esos años, Fernando sentía que era el momento de demostrar su valía y de devolverle a su tío Rodrigo todo lo que había hecho por él.

La casa no tenía ventanas que dieran a la calle en la planta de abajo, y Fernando apreciaba aquella privacidad. Empuñó su ropera en el atrio y practicó varios arcos y compases antes de que llegara su maestro. Luego vio en el portón a uno de los pajes, que daba los buenos días a su instructor. No traía buen aspecto. Diego de Estrada se plantó delante de él con un humor de perros. Dejó caer su bolsa en mitad del patio, se quitó el sombrero de ala ancha, que fue a parar a una maceta, y desenvainó la vieja ropera con las maneras que posee un hombre acostumbrado a usarla por un sueldo.

—¿Una mala noche? —preguntó Fernando al verlo.

—Mala de cojones.

Estrada tenía el cabello sucio, peinado hacia atrás, y barba de varias semanas. Un pendiente de acero en forma de cruz relució en su oreja. El capitán rondaba los cuarenta y había hecho carrera en las campañas de Italia, a sueldo de Su Majestad, cobrando una miseria. Ahora malvivía en la Sevilla más canalla con aquella paga de maestro en destreza que se le iba entre el alquiler de un cuartucho cercano a la puerta de San Juan, la putería y el vino. Sin embargo, y pese a su aspecto, se decía que no había nacido aún un hombre capaz de vencerlo en un duelo a espadas. Don Rodrigo sabía que, si pretendía que su sobrino aprendiera del mejor, debía hacerse con los servicios de alguien que dominara tanto la destreza más honrada como la más sucia y vulgar.

—Frase de armas —murmuró Estrada—. Vamos allá.

—He estado practicando —dijo Fernando.

El joven era lo contrario a su amigo, el capitán. Acababa de cumplir veinte años, era un muchacho apuesto que llevaba el cabello corto a la italiana y vestía con la elegancia de un mercader, gracias a los consejos del señor Bardi. Apenas despuntaba una suave barba sobre sus labios gruesos y aquella mandíbula tan marcada causaba

rubores y risillas entre las damas de la parroquia de San Esteban. Una de ellas era Leonor Duarte, objeto de deseo del joven.

—Ahora lo veremos —masculló el capitán.

Fernando alzó la ropera a la altura de los ojos. Su instructor hizo lo mismo y ambas hojas se agregaron y se escuchó el filo del acero como un susurro. El eco retumbó en las paredes esa mañana. El joven sabía que a través de aquel roce sería capaz de percibir en su oponente la manera de sostener el arma. Era lo que se conocía como «sentimiento del acero». El hecho de sentir su fuerza y su tensión, así como la manera de moverse y de esquivar su hoja —de empuñar una espada, en definitiva—, era suficiente para intuir la forma de combatir de un oponente. Iba más allá, incluso. Estrada solía decir que los hombres tiraban la espada, en realidad, como eran en la vida.

La frase de armas continuó. Ambos se tantearon, probaron la fuerza del otro, bloquearon sus avances, dieron compases —pasos— mientras trazaban un círculo imaginario sobre la loza, en el patio rodeado de columnas. Estrada lanzó una estocada de repente y desvió la hoja de Fernando hacia un costado. El joven, que se esperaba aquel lance fugaz, dio un paso largo hacia atrás para esquivar el ataque. Rápidamente volvió a la guardia.

—Bien —dijo Estrada, y bajó la ropera.

Fernando se mostró satisfecho. Llevaba un tiempo adivinando sus argucias y compases y había empezado a comprender una de las cosas más complejas de la destreza: la geometría. Desde que Diego de Estrada había comenzado con sus lecciones hacía una década, Fernando pensaba que su maestro era invencible. Ahora las cosas eran distintas.

Ambos regresaron al centro del patio.

La distancia inequívoca para la defensa era aquella que marcaban las dos hojas erguidas, una apuntando a la otra. Fernando esperó a que Estrada trazara su guardia para un nuevo duelo cuando, de pronto, el capitán dio una zancada hacia delante y lanzó una estocada con una elasticidad asombrosa. Fernando sintió la punta de la ropera en la camisa. Aquel duelo había acabado en un único movimiento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el joven, visiblemente molesto.

—Un movimiento de la destreza italiana —murmuró Estrada con su voz gruesa, mientras volvía a su posición—. No me has visto venir y ahora estás muerto, Cardeña.

—Eso no es justo; no habíamos marcado la guardia.

Estrada rio entre dientes y se llevó los cabellos hacia atrás.

—¿Acaso un asesino va a marcarte la guardia? Has muerto.

Fernando oyó una risa y alzó la mirada hacia la planta alta.

Su primo, Juan, contemplaba el duelo con una sonrisa en el rostro. Aplaudió las palabras del instructor y luego bajó las escaleras. Juan de Cardaña era el encargado del gobierno de la casa. El hijo de Rodrigo de Cardaña era un hombre presumido que se jactaba de llevar una vida de rectitud y honradez como buen hijo de comerciante.

—Tranquilo, Fernando —le dijo Juan, sonriente de camino al portón—. Para tu fortuna, en esta familia nunca tendrás que ganarte la vida como soldado.

Fernando amagó con ir a por él y Juan se alejó entre risas. Estrada no reprimió una risa canalla. Al joven le molestó el comentario. Vio a su primo echarse a la calle en compañía de un criado.

—Venga, vamos otra vez con ese movimiento —dijo al fin.

—*Scherma antica* —musitó Estrada en italiano, y blandió su hoja.

Fernando nunca se rendía, y menos cuando algo lo ponía de mal humor.

2

Aún faltaban algunas horas para el mediodía y la casa olía a una mezcla de madera vieja y flores silvestres. En las cocinas, la señora Aldonza acababa de preparar la mesa para Fernando y Estrada. Colocó sobre la tabla unas hogazas de pan recién horneado, unas carnes, almendras, miel, quesos y una jarra de cerveza espumosa. La criada manejaba los fuegos y la despensa como si fuera la dueña del cortijo. Aquella mujer de más de cuarenta años, de mirada risueña y cuerpo generoso, conocía la casa mejor que ninguno de los hombres. Liberado de las obligaciones diarias de la casa, el señor, don Rodrigo, podía ocuparse de los asuntos de comercio de la familia, junto a Giacomo Bardi. Fernando era el aprendiz de su tío y del genovés.

El joven y su instructor comieron y bebieron hasta saciarse. El calor se levantaba en el patio con el transcurso de la mañana. Aún estaban en marzo, y no tardarían en llegar esas tardes soporíferas estivales que tanto caracterizaban a la ciudad.

—Me vendría bien un adelanto si no es mucho pedir —murmuró Estrada, poco después. Fernando se imaginó la clase de pro-

blemas en los que andaba metido su compañero. Se contuvo de decirle algo. No quería ofenderlo dándole consejos sobre cómo manejar sus dineros.

—¿De cuánto?

—Una semana estaría bien.

—No tienes por qué vivir como un perro, Diego. Don Rodrigo te ha ofrecido asignarte una estancia aquí y acogerte en el servicio. No te faltaría de nada. Solo debes cumplir las reglas de esta casa, eso es todo.

El capitán echó un vistazo a la criada, que disimulaba al otro lado de la estancia como si no hubiese oído nada, cortando cebolla en una mesa. Estrada la conocía desde hacía años. Poco a poco se iba levantando el murmullo temprano de la ciudad de fondo.

—¿Usted qué piensa, Aldonza? —le preguntó Estrada llevándose una mano al pendiente como cada vez que soltaba una chanza—. ¿Me ve viviendo aquí con usted o qué?

—No sé de qué me habla, capitán —dijo la criada.

Estrada miró a Fernando y ambos rieron por lo bajo.

Fernando los dejó discutir y subió a su estancia. En las escaleras distinguió la figura noble de su tío acompañado de Cereceda, su secretario. Rodrigo de Cardeña iba con un jubón y una ropilla. Se había ataviado con un sombrero pequeño, tan de moda en las cortes italianas, que mostraba el cabello plateado que le sobresalía por los lados. Era un hombre anciano, enérgico y que gozaba de buena salud.

—Vístete como Dios manda y date prisa —le ordenó Rodrigo—. Nos vamos al Arenal. Hoy vas a empezar con tus nuevas labores, hijo.

—¿Nuevas labores? —preguntó sonriente. Rodrigo comenzó a bajar por las escaleras.

—Tienes veinte años, Fernando. Has dejado de ser un aprendiz. Después de la primavera, pasarás un tiempo fuera de Sevilla.

Su tío bajó con Cereceda al piso inferior. «*Fuera de Sevilla...*». Eso significaba casi con total seguridad que su destino sería el norte de Italia. Génova, Lucca o Florencia. Hasta entonces Fernando había sido la sombra de Giacomo Bardi, el invitado de la casa, y del propio Rodrigo. Sabía cómo funcionaba el comercio, y conocía las distintas rutas y géneros que trataban. Los Cardeña y los Bardi no eran simples comerciantes como los del mercado. Si bien carecían

del poder económico de la nobleza y eran mercaderes más modestos, poseían la solvencia necesaria para embarcarse en la aventura del comercio a distancia. Contaban con agentes en distintas ciudades —tenían a uno en Valencia y otro en Nápoles, además de su padre en Santo Domingo y el hermano del señor Giacomo en Génova— y vendían todo tipo de mercancías. De las Indias traían azúcar, especias, maíz, tabaco y metales preciosos que, aunque no era mucha plata ni tanto oro, se trataba de una parte importante del negocio. Aquellos metales los gestionaba otra familia sevillana y aliada de los Cardaña, los Espinosa, mercaderes banqueros. Por otro lado, adquirirían en Génova tejidos de lana, terciopelo y seda, así como especias, azafrán, canela y pimienta, quesos curados, vinos y aceites y cualquier producto que pudiera ser provechoso dependiendo del momento.

Desde que Fernando había pisado tierras castellanas siendo un crío, había aprendido a leer y a escribir en la pequeña escuela de la parroquia junto a otros hijos de comerciantes. Más tarde, en su propia casa, se le introdujo en la aritmética, el álgebra y los cálculos y, sobre todo, en todo aquello relacionado con los libros de cuentas. Bardi le enseñó a manejar el arte de la doble anotación en las cuentas. Luego, latín e italiano, pues eran las lenguas imprescindibles para el comercio familiar. El joven, además, había leído varios tratados filosóficos sobre la moral y la religión en el arte de los negocios. En definitiva, Fernando había sido instruido para conocer los entresijos de aquel oficio y heredar aquel imperio. El descubrimiento del Nuevo Mundo había transformado a Sevilla en la ciudad más importante de la Cristiandad y todo parecía estar del lado de los Cardaña.

Fernando era consciente de estas cuestiones, y las palabras de su tío lo hicieron pensar en navegar por el mar y establecerse en Génova. Por fin podría demostrar lo que valía, convertirse en un gran mercader y pagar su gran cuenta pendiente con la vida. Ante aquella perspectiva, no sería descabellado pedir la mano de Leonor Duarte. La joven, a quien había conocido en la plazoleta fuera de la iglesia hacía un par de años, era la hija de un importante mercader y poseía cierta nobleza emparentada con el marqués de Tarifa, los Enríquez de Ribera, impulsores de la parroquia de San Esteban.

Emocionado por lo que parecía prepararle el destino, Fernando tomó prestado de una de las cajas forradas de terciopelo del des-

pacho de su tío tres sueldos adelantados para Estrada. Lo reunió todo en una bolsa de cuero en moneda sucia. De haberle pagado con un ducado de oro, en su lugar, no habría sido capaz de encontrar un sitio donde cambiarlo.

—No lo malgastes —le dijo cuando le entregó la bolsa.

—Es solo para vivir y para deudas, Fernando —se defendió Estrada.

El capitán seguía sentado a la mesa de las cocinas en compañía de Aldonza, que no dejaba de mirarlo como una alguacil de justicia. La mujer le había preparado una bolsa de provisiones, con carne, pan y queso. Fernando se despidió de él con una palmada en el hombro.

—Necesito que me acompañes al puerto mañana.

—De acuerdo —respondió Estrada—. Pero ¿qué pasará con las lecciones?

Fernando negó con la cabeza. Estaban a principio de marzo.

—Nada hasta después de la procesión de la Semana Santa —sentenció el joven, sonriente, y salió de las cocinas en busca de su tío.

3

Los Cardeña vivían en la calle que iba de San Leandro a la Puerta de Carmona, a tiro de piedra de la parroquia de San Esteban. Sevilla era el cielo y el infierno juntos. Hermosa si se la miraba hacia arriba. Sus casas, sus árboles grandiosos, tejados y torreones y ese cielo radiante cortado únicamente por la maravillosa torre árabe de la catedral que dominaba el horizonte. No obstante, la ciudad hacia abajo era una cosa bien distinta. La mayoría de las casas —por no decir todas— echaban sus desechos a la calle, y la porquería se fundía en el barro con los restos de comida y cuantas cosas más hubiera. Se formaban charcas de dudosa composición, y era necesario tener ciertas dotes en el andar para esquivar esas pozas pestilentes. Las calles presentaban un aspecto deplorable. La ciudad olía mal, y, pese a ser aún las horas de la mañana, el calor levantaba un hedor fuerte y nauseabundo.

Fernando siguió a Rodrigo y a Cereceda a través de la callejuela, cubriéndose la boca con un pañuelo. Pronto recorrieron las calles irregulares y tortuosas en dirección a la catedral. Situada en una llanura espléndida, Sevilla se había edificado prácticamente ovalada

siguiendo la línea de su muralla, con más de una docena de puertas flanqueadas por torres y postigos. Al sudoeste estaba recortada por el trazo brillante del viejo río Betis, el Guadalquivir.

Ya por la catedral, Sevilla era un hervidero de gente. Fernando percibió el murmullo incesante de la calle principal —una de las pocas empedradas—, tan ancha y transitada como alegre y soleada. Vio a mucha gente que deambulaba alrededor de la catedral, mercaderes y tratantes extranjeros, señores acompañados de sus criados berberiscos, negros del África, indios de la Nueva España, vendedores, soldados, señores ricos, nobles, curas, buscadores de fortuna, pobres, mutilados, mendigos... Fernando agradecía vivir alejado del trajín diario de aquella zona, en una calle más íntima y menos ruidosa.

Rodrigo se había detenido a responder a las preguntas de unos comerciantes burgaleses. El joven se llevó una mano a la frente para contemplar la torre de la catedral.

—Esta noche hospedaremos a un principal en nuestra casa —dijo Rodrigo cuando regresó—. Cuando vayas a la parroquia esta tarde, procura volver con Damián, el chico que toca la vihuela. Ya he aplabrado con él que nos amenice la velada.

Rodrigo y Fernando continuaron andando por la calle en dirección a la puerta del Arenal. En esa zona estaba la alcaicería, la aduana, los almacenes de aceite y otras mercancías. Era un lugar muy concurrido, y en una ciudad plagada de niños huérfanos había que estar atento a los ladronzuelos y cortabolsas. Llegaron a la lonja del pescado junto a la puerta y desde allí vieron el puerto de Indias. El sol en lo alto hacía resplandecer a la Torre del Oro. Fernando se cubrió la frente con la mano y reconoció a lo lejos, más allá de los arrabales y la Cestería, en el muelle, a su primo Juan y al señor Giacomo Bardi junto a un oficial real. Un ejército de criados y esclavos descargaban las bodegas de la nao que reposaba a sus espaldas.

Rodrigo tomó el brazo de Fernando con familiaridad. Solía hacer eso cada vez que le explicaba algo referente al negocio.

—A partir de ahora vas a encargarte de la recogida de los cargamentos —dijo su tío mientras señalaba la nao—. Tendrás que acompañar al oficial real y declarar las mercancías.

Fernando asintió complacido. Llevaba años viendo cómo su tío o el señor Giacomo realizaban esas tareas, y no le parecía complicado.

En el muelle, tres barcas alargadas acercaban la mercancía descargada de la nao a la grúa de madera. En ese momento, Giacomo Bardi

le comentaba a Ocaña que aquella carga provenía de Génova y que eran en su mayoría tejidos del oriente. Rodrigo y Fernando dieron los buenos días a todo el mundo. Luego el viejo mercader estrechó las manos del oficial, que parecía estar de buen humor. Fernando vio que Bardi dibujaba un gesto con su mirada apenas perceptible y que su tío captaba con naturalidad. Eso significaba que un pellizco de telas iba para Ocaña. El joven sabía que Bardi y Rodrigo se entendían solo con mirarse. El señor Giacomo era un anciano de cabello canoso y aspecto saludable. Vestía con elegancia una capa de terciopelo de Flandes. Se trataba de un hombre afable que parecía imposible de engañar. Llevaba mucho tiempo ocupando una de las alcobas más lujosas de la casa, y para todos era uno más de la familia.

Fernando oyó a su tío conversar en voz baja con Ocaña. Le explicó que su sobrino comenzaría a encargarse de esas labores. Además, querían obsequiarle con algunos de los tejidos traídos de Italia. Aunque Fernando era recto en cuestiones de moral, comprendía que aquel trato persuasivo resultaba indispensable para los asuntos de comercio. Mantener contentos a los oficiales reales, a los escribanos y a los cargadores era la clave para la prosperidad de la familia.

4

Fernando y Rodrigo dejaron a Juan, Bardi y Cereceda con el oficial en los muelles, y cruzaron nuevamente la puerta del Arenal en dirección a la catedral. Su tío se volvió a Fernando con gesto serio.

—He separado una parte de los tejidos más costosos para que se lo des a Leonor Duarte como obsequio.

—Vaya —dijo Fernando, que no disimuló su sorpresa.

—Nos alegramos mucho de que te hayas fijado en ella —prosiguió su tío entre el gentío—. Una unión con los Duarte podría ser beneficiosa para ambas partes.

—Ella parece dispuesta —comentó Fernando.

—Eso está muy bien —concluyó Rodrigo—. Esta tarde le llevarás a la parroquia una muestra de seda para que todo el mundo vea que se la entregas. Ah, y no te olvides de volver con Damián, el músico.

Fernando se detuvo en ese momento de improvisado ante un puesto de tejidos de algodón y esparto. Se trataba de un comerciante

que vendía, además, objetos y baratijas traídas de Indias y de África. Acarició un vaso de cerámica en el que aparecía pintada con trazos negros, verdes y rojos una mujer sentada sobre sus muslos. Llevaba los pechos al descubierto y una serpiente en la cabeza. El buhonero esbozó una sonrisa de dientes mellados y sus ojos brillaron.

—¿De dónde es esto? —le preguntó el joven.

—Cerámica de Indias —explicó el hombre—. Tiene un dibujo de una manceba y una inscripción en la lengua de los indios. Ochenta maravedís, mi señor.

—¿Ochenta maravedís por un vaso? ¿Es que ha perdido el juicio?

—Ese vaso ha recorrido medio mundo, señor.

Rodrigo se acercó y observó el objeto sin mucho interés.

—Le doy cincuenta —dijo al tiempo que le entregaba las monedas. El hombre las aceptó de mala gana. Fernando y su tío continuaron su recorrido.

—No tenías que comprarlo, tío. Menudo ladrón.

—No pasa nada, hijo.

Aunque le molestara admitirlo, el tratante tenía razón. Fernando contempló la figura. Se parecía a la india de sus sueños. ¿Cuál era su nombre? ¿Por qué no podía recordarlo? Se fijó en las marcas en aquella lengua extraña que evocaba en su imaginación lugares remotos y leyendas de seres mitológicos. ¿Por qué razón soñaba con ella?

Al llegar a la catedral, Rodrigo se desvió hacia las gradas. Allí, al costado de los muros del templo, los comerciantes cerraban tratos y los buhoneros colocaban sus puestos, y también se instalaba el mercado de esclavos. Había hombres, mujeres y niños de toda condición, blancos moriscos, bereberes, turcos y negros del África, todos ellos con grilletes en las manos y en los pies. Allí se exhibían, se subastaban y se vendían. En ese momento, uno de los pregoneros alzó la voz ante una pequeña muchedumbre atenta a lo que ofrecía en aquella partida de esclavos.

—¡Hombre berberisco de treinta años! —Le palpó los músculos de los brazos y el pecho—. ¡Ciego de un ojo y manco del dedo meñique derecho!

Uno de los presentes levantó la mano.

—¡Aquí!

Era un vecino que se adelantó con un criado y fue a negociar el precio, que podía rondar los dos mil maravedís. La gente en Sevilla

solía comprar esclavos para el servicio doméstico en general, y en algunos casos, como el de los nobles o comerciantes más pudientes, por simple prestigio u ostentación de su riqueza.

—¿De verdad quieres llevar uno a casa? —preguntó Fernando a su tío sin entender del todo qué hacían allí. Ya tenían suficientes criados como para no necesitar de nadie más.

—Ahora que vendrás al puerto con más frecuencia, no quiero que vayas por ahí en solitario —dijo Rodrigo mirando la mercancía.

—Puedo venir con Estrada.

Su tío frunció el ceño.

—El capitán es un buen hombre, y no pongo en duda su lealtad —dijo.

—Pero crees que es un vividor.

Rodrigo se encogió de hombros.

Dieron un paseo por las gradas, atentos a lo que se ofrecía. Entonces vieron un poco más allá a un hombre encadenado que trataba de forzar los grilletes, a punto de ser subastado. Era un negro tan alto como una columna de piedra, ancho y musculoso. Sus manos, de haber estado en libertad, habrían aplastado con facilidad el cráneo de su vendedor. Su piel era muy oscura, y el blanco de sus ojos parecía de marfil.

—¡Esclavo de Guinea! ¡Con todos los dedos y los dientes! ¡Fuerte y grande como un toro!

—¿Crees que podría fiarme de un hombre así? —le preguntó Fernando a su tío, sin dejar de mirar hacia la grada.

En ese momento, los dos oficiales sujetaron al hombre y lo golpearon con fuerza en el estómago. El africano se dobló y cayó de rodillas. Un tercero se dispuso a marcarle el rostro con un hierro con una letra S y un clavo. «*Esclavo*». Esa merced estaba reservada únicamente para aquellos que no se sometían a la ley. A Fernando le molestó que lo trataran como a un perro.

—¡Quieto ahí! —gritó.

El oficial que iba a herrar la cara del hombre encadenado como a un caballo se detuvo.

—¿Lo quieres, acaso? —preguntó el vendedor.

—Puede que sí.

—¿Cuánto ofreces por él?

Los hombres lo sostuvieron para empezar a quemarle el rostro con el hierro.

—Si lo marcas, haré que te marquen a ti también —se adelantó Rodrigo tomando la palabra—. Si es un esclavo difícil de domar, es pero una sustanciosa rebaja en su precio.

El comerciante hizo un gesto a los suyos. Los oficiales lo soltaron y Rodrigo regateó el precio. Tras dar por concluida la transacción, ordenó que le quitaran los grilletes. El esclavo se sobó las muñecas, llenas de llagas a causa del metal corroído por la lluvia y por el tiempo. Aquel negro le sacaba más de una cabeza en altura a Rodrigo de Cardeña.

—¿Entiendes el castellano? —le preguntó con firmeza en la voz.

El hombre echó un vistazo a su antiguo vendedor y luego asintió.

—A partir de ahora, Fernando de Cardeña, que es este de aquí, es tu nuevo señor —dijo Rodrigo señalando a su sobrino—. Hoy es tu día de suerte, pues a partir de ahora no te faltará ni un techo ni comida. Obedece y no tendrás problemas.

El hombre miró a Fernando y no dijo nada. El joven tuvo dudas de que aquella fuera una buena idea. No obstante, el africano pareció apaciguarse y se dispuso a seguirlos por las callejuelas con una expresión que era una mezcla de cansancio y de resignación.

5

Emprendieron la marcha hacia la calle de San Leandro seguidos del nuevo esclavo de la casa. Fernando había recibido su mirada con cierto temor. El hombre llevaba unas sandalias y unas calzas harapientas.

El joven anduvo junto a su tío Rodrigo.

—¿Quién vendrá esta noche? —quiso saber Fernando.

—Un principal de Indias —dijo Rodrigo con la mente lejos de allí—. Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala. Se ha entrevistado con el rey y tiene varios asuntos que podrían importarnos. Busca armar una flota para cruzar el océano.

—¿Tiene influencia en la corte? —preguntó Fernando.

—Su futura esposa, doña Beatriz de la Cueva, forma parte de una de las familias más influyentes de Úbeda, y su tío es Francisco de los Cobos, el secretario favorito de Su Majestad, don Carlos.

Fernando comprendía que a su tío le interesara aliarse con gente que se movía en los círculos más altos de la corte, pero ¿y Alvarado? ¿Qué aportaba?

Se alejaron del trajín de la plaza de la catedral y se internaron en calles más estrechas. El sol marcaba que había pasado del mediodía. Fernando sintió el estómago vacío. Solía comenzar su jornada muy temprano, al alba, y a esas horas acostumbraba a sentarse a la mesa a comer con los hombres de la casa. Ahora la planta baja y el salón serían un hervidero de criados y pajes preparando la visita de aquella noche.

Rodrigo retomó la conversación:

—El rey le ha perdonado a Alvarado todos los pleitos que sus rivales en Indias le habían impuesto. Es un hombre que ha batallado muchas guerras, pero que no cuenta con habilidades para el comercio. Sin embargo, Su Majestad está a punto de otorgarle varias mercedes, como el nombramiento de adelantado, y una serie de licencias para la venta de algunos géneros que podrían ser de nuestro interés como familia. Todo eso nos hace pensar que de algún modo se ha ganado el favor del rey.

—Tal vez haya intercedido el tío de su esposa simplemente —se aventuró Fernando.

—Es una posibilidad, por supuesto.

—¿Y qué piensas que puede agradarle a él de nosotros?

Hacía mucho que su tío le hablaba con la intimidad de un confidente, pero últimamente notaba que la confianza puesta en él había aumentado. Fernando tenía un don, comprendía a la perfección el juego cortesano de los asuntos de comercio y de las alianzas entre nobles, principales y mercaderes. En opinión de Rodrigo, el joven estaba listo para cumplir con cualquier cargo que se le asignara, tanto en Sevilla como en Génova.

—Bueno, supongo que seríamos unos aliados solventes para él: necesita armadores para su flota a Indias —sugirió el viejo mercader mientras echaba un vistazo a la calle sucia—. Algo me dice que ese hombre va a ofrecernos algo interesante.

Rodrigo de Cardeña y Giacomo Bardi llevaban unos años buscando la manera de ascender en aquel mundo rígido como la piedra. En el siguiente paso, probarían suerte como prestamistas, mercaderes banqueros, pero aquel salto no resultaba sencillo, dados los riesgos. Una aventura de tal calibre podía suponer perderlo todo de un plumazo, como les había sucedido a tantas familias. Nada daba tanto beneficio como el propio dinero. Fernando frunció el ceño y acarició el vaso de cerámica que portaba con preocupación, sin dejar de pensar en las verdaderas intenciones de su tío.

6

La señora Aldonza mandó a los criados a llenar los cubos más grandes en el pozo. Luego, en el patio trasero de las cocinas, calentó un poco de agua y cocinó el jabón a base de sosa y un poco de sándalo para darle buen aroma. La mujer había visto a muchos hombres en su vida, pero ninguno como aquel africano que tuvo que bajar la cabeza para pasar por el umbral de la puerta. Exhibía todos los músculos de Dios, además de poseer una mandíbula ancha y unos labios carnosos. A continuación, la criada puso un taburete en el centro del patio y acercó dos cubos llenos de agua. Después llevó la cacerola donde había preparado el jabón.

—¿Sabes lavarte, muchacho? —le preguntó con los brazos en jarras.

El hombre hundió las manos en el agua caliente y se mojó el rostro con parsimonia, como si llevara una vida sin hacerlo. Echó una mirada a la mujer y asintió. Ella le entregó una escobilla de madera que solía utilizarse con los caballos para restregar la suciedad incrustada en su lomo. El africano no esperó a que se marchara para desnudarse frente a ella y derramarse el jabón por el cuerpo.

Fernando, que acababa de dar buena cuenta de la comida con su familia, apareció en el patio de las cocinas con una cesta de ropa en las manos. A lo lejos, su esclavo se esparcía cubos de agua por el torso, lleno de cicatrices, y poco a poco recuperaba las fuerzas y el temple. Fernando cruzó el patio embarrado y fue hasta él. Se sentó en otro taburete mientras el hombre se secaba y se vestía con las calzas y la camisa limpias que acababa de llevarle en la cesta. Era evidente que algo había cambiado en su mirada desde el mercado de las Gradass aquella mañana.

—Has dicho antes que sabes el castellano.

—Sí, un poco.

—¿Dónde lo has aprendido?

El hombre se puso las calzas, abombadas y del color de la arena, que le quedaron a la altura de las rodillas. Luego se echó un vistazo con la camisa blanca, abierta por el pecho. Parecía otra persona. Tomó asiento frente a su amo. Su voz era grave.

—Hace diez años unos portugueses remontaron el río más grande de mi tierra y me cogieron. No hubo preguntas. Luego me vendieron

a un señor en el reino de las Canarias. Desde entonces he servido a otros señores.

Fernando conocía aquel negocio. Los portugueses se adentraban en la costa de Guinea con partidas de soldados, prendían a todos los hombres, mujeres y niños que encontraban y llenaban las bodegas de sus naos. Luego se lanzaban al mar nuevamente para venderlos en Canarias o en Lisboa.

—¿Te han bautizado?

—Una vez un cura me puso un nombre cristiano —dijo el hombre al tiempo que examinaba sus manos limpias—. Mi verdadero nombre es Amir.

Fernando asintió.

—Mi tío, Rodrigo de Cardaña, es el señor de esta casa. Ha pagado por ti una gran cantidad de dinero y espera recuperarla en forma de trabajo. Como todos los esclavos de la ciudad, puedes reunir el dinero suficiente para pagar tu Carta de Ahorría y largarte, si lo deseas, o quedarte en esta casa a servir como un criado más.

Amir cambió el gesto y mostró interés ante sus palabras.

—¿Cómo voy a juntar dinero si estaré aquí, sirviéndote?

—Debes cumplir con tus obligaciones, eso es todo —dijo Fernando.

—De acuerdo.

—El resto del tiempo puedes ganarte la vida como buenamente puedas por la ciudad, siempre de manera honrada y que no ponga en peligro los intereses de nuestra familia.

—¿Dices que puedo salir de la casa? —preguntó el africano como si fuera un crío.

—¿Y cómo pensabas vivir, si no? Eres un esclavo, no un prisionero. Toma, esto es para ti como una muestra de mi amistad. —Fernando le entregó una bolsa de cuero con una pequeña cantidad de maravedís—. No lo desperdicies —continuó—. Esta tarde y esta noche eres libre para que conozcas la ciudad. Cuida de no meterte en líos. Mañana por la mañana me acompañarás al puerto a cumplir con mis tareas.

Amir sostuvo la bolsa, y a Fernando le resultó imposible descifrar la expresión de su mirada. Se puso en pie y el africano lo miró desde el taburete, sentado.

—No intentes salir de la ciudad, o los oficiales te matarán y yo no podré hacer nada para evitarlo —dijo Fernando.

Amir no respondió, tan solo asintió con un gesto. Antes de que Fernando se marchara, el africano volvió a tomar la palabra.

—¿Por qué me habéis salvado?

Fernando frunció el ceño.

—Mi tío no te ha salvado. Te ha comprado.

Amir lo vio alejarse, sin decir nada más.

7

Antes de salir de la casa hacia la parroquia, Fernando se lavó el rostro y las manos con agua perfumada y se vistió con la elegancia de un mercader. A esas horas los pajes y criados iban y venían del almacén al comedor y las cocinas, mientras disponían todo lo necesario para la cena. El joven cruzó uno de los pasillos del atrio hacia el despacho de su tío y encontró a los hombres de la casa bebiendo vino, alrededor de la gran mesa. Giacomo Bardi, Rodrigo, su primo Juan y el secretario Cereceda hablaban acerca de la visita esa noche de Pedro de Alvarado. La alianza con el principal y su dama, doña Beatriz, podía suponer un impulso a los negocios familiares. Con la intercesión de Beatriz de la Cueva, su tío Francisco de los Cobos —comendador mayor de Castilla— podría actuar para que los Cardaña optaran a licencias o incluso a alguna merced de Su Majestad. Lo importante, como solía decir Rodrigo, que soñaba algún día con estar en la corte y ser banquero del rey, era estar presentes en el tablero.

—Mis pajaritos en la corte me han dicho que, de consumarse el matrimonio, doña Beatriz de la Cueva no sería la primera mujer de Alvarado —comentó Giacomo Bardi con un movimiento de cejas.

—Y te aseguro que no será la última —soltó Juan, y los demás rieron.

Rodrigo de Cardaña prestó toda su atención a su amigo Giacomo.

—Hace unos años tuvo otra esposa —prosiguió el genovés, elocuente como de costumbre, y todas las miradas fueron para él—. En su anterior viaje a la corte, contrajo matrimonio con una dama de gran linaje y hermosura, doña Francisca, y ambos embarcaron juntos hacia Nueva España. La señora llevaba un gran séquito y toda una casa, con sus muebles y todo. El caso es que enfermó de fiebres durante la travesía y murió nada más pisar tierra. Fue enterrada por su marido en Veracruz con profundo pesar. El año pasado, cuando

Alvarado regresó a la corte para dar relación al rey de los últimos años en Guatemala, aprovechó para pedir la mano de la hermana de doña Francisca. Es decir, su cuñada.

—¿Beatriz de la Cueva era la hermana de doña Francisca? —preguntó Rodrigo con incredulidad.

—Dicen que todo lo que sucede conviene —dijo Giacomo con un gesto con la copa.

—¿Y cómo pretende hacer eso? —preguntó Rodrigo.

—El rey ha solicitado una bula papal para que se case con ella.

—Vaya por Dios —murmuró Rodrigo reclinándose en la silla—. Me pregunto cómo demonios ha podido conseguir tal favor.

Fernando sabía lo que significaban aquellas mercedes. El rey jamás pedía una bula de ese tipo para ningún hombre. Pedro de Alvarado, por algún motivo que desconocían, había ganado el favor del rey y este había accedido a premiarlo con una bula y con algunos títulos pendientes de aprobación. Era evidente la influencia del secretario favorito de Su Majestad, Francisco de los Cobos, amo y señor de los asuntos de Castilla y de las Indias, pero la gran pregunta seguía siendo un misterio. ¿Qué le había ofrecido Alvarado al rey a cambio de tales muestras de amistad?

—¿Qué más sabemos de él? —preguntó Rodrigo, incorporándose en la silla.

Los hombres dirigieron la mirada al genovés.

—Es un hombre de guerra —dijo Giacomo, y se cruzó de brazos—. Es impulsivo y un pésimo comerciante. Muchos dirían de él que es un hombre acabado; viene de perderlo todo en el Perú a manos de Pizarro. Después de montar una flota para descubrir los territorios al sur de Panamá, su travesía acabó en desastre, y se vio obligado a malvender a todo su ejército, criados, esclavos y pertrechos al adelantado del Perú y regresar a Guatemala con lo puesto. Podéis imaginaros la estampa. Sin embargo, los que lo conocen dicen de él que es un hombre enérgico y que jamás se da por vencido ante una adversidad.

Se hizo un silencio en el que todos pensaron en lo mismo.

—Entonces el rey ya le ha concedido licencias con anterioridad —murmuró Rodrigo, mientras ordenaba sus ideas en voz alta—. Contaba con su favor.

—Así es; aunque su campaña fue una calamidad, el rey lo estima por alguna razón —continuó Bardi—. No sacó de Pizarro más de

ochenta mil ducados por una armada que le había tomado años y penurias construir. Ha venido a la corte a jugarse su última carta, y, al parecer, gracias a sus poderosas amistades, le ha salido bien la apuesta.

Giacomo Bardi dejó a los Cardeña comentando sus palabras y acompañó al joven Fernando a uno de los almacenes de abajo. Las puertas que precedían a la sala más importante de la casa palacio estaban siempre bajo cerrojo, y únicamente el genovés y el señor tenían las copias de esas llaves. El lugar —en el que había dos armarios inmensos y una mesa larga de madera— estaba destinado a guardar los objetos y géneros más preciados y que era mejor tenerlos bajo llave, como los tejidos de seda y algodón, cuadros, pinturas y diversos botes de especias. Cerrados en un arcón de cuero con candado, descansaban algunos de los colorantes de tejidos más caros y difíciles de conseguir de toda la cristiandad.

Sobre la mesa, estaban dispuestos varios tejidos de seda traídos desde Génova. La familia Bardi tenía contactos con algunas de las rutas de comercio más antiguas del mundo, algunas a través de Venecia, y que alcanzaban incluso el oriente.

El señor Giacomo escogió un hermoso pañuelo del color del trigo.

—Este será perfecto para tu dama —dijo.

Fernando dobló el tejido en varias partes con cuidado.

—Desearía ir a tu tierra algún día y conocer esos mercados. Espero que mi tío decida enviarme a vivir a Génova o a Florencia.

—Todo a su tiempo —dijo Bardi con una sonrisa mientras cerraba nuevamente la sala con llave—. Nunca sabes lo que te deparará la vida, hijo. Aún eres joven. Yo, por ejemplo, jamás imaginé vivir en Sevilla. Solo te diré, Fernando, que tanto tus deseos como los de tu tío van de la mano.

Fernando esbozó una sonrisa. Aquello confirmaba lo que llevaba tanto tiempo anhelando. Antes de irse, volvió la mirada al señor Giacomo.

—Me pregunto qué cosa tan importante le ha ofrecido Alvarado al rey a cambio de todo lo que le será concedido.

—Bueno, si Dios quiere, esta noche lo sabremos —murmuró el genovés.

La tarde aún era calurosa cuando salió Fernando de la casa y se encaminó hacia la iglesia de San Esteban, sin dejar de pensar en estos asuntos. Las parroquias, órdenes, hermandades y cofradías se pre-

paraban para la procesión de la Semana Santa en un ambiente de recogimiento, pero a la vez festivo. Cuando Fernando alcanzó la plazuela, vio frente al espléndido arco gótico un pequeño corrillo de personas. Distinguió, entre todas ellas, la figura de Leonor Duarte, que lo miró con disimulo al verlo aparecer y siguió charlando con las damas que la acompañaban. Se hallaban también algunos jóvenes, hijos de mercaderes y comerciantes, así como algunas familias de cierta nobleza. La parroquia era el único sitio en el que podían hablar al amparo de las leyes de la religión y la moral.

Leonor era una joven bella y refinada, delgada como una espiga de trigo, de cintura estrecha y escaso pecho. Era unos años mayor que Fernando, y aunque había tenido otras oportunidades para desposarse algunos años atrás, había contado con el beneplácito de su familia para elegir a un pretendiente. Fernando la amaba, pero no sentía un deseo incontenible de yacer con ella, y eso, en parte, le amargaba. Aquella distancia, de alguna manera, había incrementado entre ellos el respeto y el amor cortés, y había apaciguado por completo cualquier estallido de lujuria.

Se acercó a ella, mientras saludaba a los otros vecinos.

Entonces las damas de compañía de la joven abrieron el corrillo y el muchacho se presentó ante Leonor con el paño extendido en sus manos.

—Un hermoso obsequio del oriente que en nada se compara con vuestra gracia y hermosura, mi señora —dijo con una reverencia y con sus ojos verdes puestos en ella.

Algunas de las jóvenes murmuraron al ver a Fernando, siempre tan cortesano, tan varonil, haciendo alarde de su estirpe y de su posición. Leonor y Fernando se sostuvieron la mirada. Leonor no pudo evitar esbozar una sonrisa ante el atrevimiento del muchacho, cuyos ojos brillaron de tal modo ella misma pudo verse reflejada en ellos.

8

Fernando regresó a la casa palacio en compañía del músico Damián. Nada más llegar, vio que la casa había cambiado de aspecto. Abajo, en el patio rodeado de plantas, habían dispuesto una silla para que tocara el chico su vihuela iluminado por dos lámparas de aceite a ambos lados. Arriba, los criados habían colocado unas sillas

en la balconada, con arreglos florales, lámparas y velas. Una mesa exhibía dulces y manjares, un barril de vino, copas y una hermosa jarra de plata. En el salón comedor, todo parecía preparado para el gran acontecimiento. Fernando distinguió a Rodrigo y a Giacomo en el despacho, ataviados con sus mejores ropajes, en compañía de su tía Teresa, la esposa de Rodrigo, y de Lucrecia Bardi, la mujer de Juan. Con todo, quedaba demostrado que la familia Cardeña era pudiente y que nada tenían que envidiar a ninguna de las familias de los grandes comerciantes del reino.

Fernando fue a su alcoba y se lavó las manos en el aguamanil. Todas las habitaciones contaban con un recipiente de agua perfumada que los criados cambiaban cada día, por orden del señor Bardi. Aunque Sevilla oliera como una porqueriza, en la casa palaciega siempre se respiraba el dulce aroma de flores silvestres. El joven echó un vistazo a su estancia. Había una cama acolchada, una escribanía, papel, plumas, tintero y una biblioteca con algunos libros. Uno de los más preciados se lo había obsequiado Giacomo Bardi, *Practica della Mercatura*, de Giovanni da Uzzano, un hermoso ejemplar traído desde Lucca, forrado en piel. Aquello era de por sí un tesoro que costaba una fortuna. Sobre la escribanía colgaba un mapa del mundo conocido, el objeto favorito del joven y que su tío había conseguido a través de un viejo amigo cartógrafo en la Casa de la Contratación. Solía pasarse horas contemplando aquel portulano y memorizando sus nombres y sus costas. Allí estaba Europa, África, Asia. Y, al oeste, las Indias. Estas últimas se delineaban como una costa infinita e incompleta que parecía partir el orbe de norte a sur, desde La Florida a la tierra de los patacones, descubierta por Magallanes. El Nuevo Mundo. ¿Qué había más allá antes de llegar a las islas del clavo y la canela? Fernando a veces fantaseaba con ser un aventurero en tierras lejanas, con trazar mapas como un cosmógrafo con un astrolabio, con abrir rutas comerciales, descubrir especias exóticas y conocer a reyes y reinas de lugares remotos. Sin embargo, por primera vez sintió temor ante la incertidumbre de marcharse a un lugar desconocido para él e iniciar una nueva vida lejos de lo que consideraba su hogar. Hasta entonces nunca había sentido aquel vacío.

La campanilla sonó y los pajes anunciaron la llegada de Pedro de Alvarado y de su séquito. Fernando apoyó el vaso de cerámica que le había regalado su tío en la escribanía y a su mente volvió la

india de sus sueños. El trazo del dibujo en la arcilla era como el de su silueta. Entonces, como una brisa de primavera, vino su nombre a su memoria. *Ixchel*. Fernando se emocionó al recordarlo. En ese momento, Rodrigo apareció en el umbral. Fernando fue con él. Siguió a su tío hasta el atrio y vio desde la balconada, por primera vez, la figura noble de Alvarado, sin saber que aquel conquistador cambiaría su destino para siempre.

II

MÁS ALLÁ DE LA MAR DEL SUR

1

Los señores fueron recibidos con una copa de vino jerezano. Se encontraban en la balconada hablando en corrillos antes de pasar al comedor a cenar, mientras el músico Damián interpretaba algunas piezas con su vihuela en el patio del atrio. Durante la última hora del crepúsculo, la casa estaba iluminada por lámparas de aceite y velas que se derramaban sobre las lujosas prendas que portaban tanto los anfitriones como los invitados. De todos ellos, sobresalía uno en particular, tanto por su altura como por su aspecto de principal.

—Don Pedro, quisiera presentaros a mi sobrino Fernando —lo anunció Rodrigo con una pizca de orgullo en la voz.

Al joven le impresionaron los modales y el temple de Pedro de Alvarado. Su altura, su cuello largo y la anchura de sus hombros, junto a sus cabellos claros —peinados y recortados— y la mirada cristalina de sus ojos azules, le daban un aire noble. Pese a su edad, su cuerpo parecía esculpido para la guerra. Alvarado pasaba de los cincuenta años y, aunque su cabello rubio exhibiera tintes plateados en las sienes, no era un anciano, ni mucho menos: sus manos y sus brazos seguían dotados de fuerza y en sus ojos aún persistían la vivacidad y el vigor de un conquistador insaciable. Siempre enérgico y despierto, evidenciaba la experiencia de un hombre curtido en mil batallas.

—Percibo ciertas dotes de soldado en vuestro sobrino, Cardeña —dijo Alvarado con una sonrisa satisfecha al tiempo que escudriñaba a Fernando. El joven respondió al apretón de manos con firmeza.

—Todo buen cristiano debe saber blandir una espada, señor —dijo Fernando.

—Así es —respondió Alvarado, quien había borrado la sonrisa de pronto—. Así es.

Rodrigo de Cardeña lo acompañó a rellenar su copa. Fernando observó alejarse al viejo conquistador de México y sintió admiración por él. Deseó que la vida le enseñara tan solo la mitad de mundo que había visto aquel hombre. Echó la vista hacia su séquito. Lo acompañaban García de Celis, tesorero; Francisco Cava y Nicolás de Irazaga, ambos procuradores de la villa de San Pedro de Puerto Caballos, y el escribano Baltasar Montoya, un hombre de leyes de aspecto afable, además de dos criados y dos pajes. Alvarado venía a caballo desde Úbeda, tras visitar a doña María Manrique, viuda de don Luis de la Cueva, señor de Solera, y a su hija, doña Beatriz de la Cueva, la dama a la que aspiraba desposar.

—Vaya vino, y qué casa tan lujosa —comentó de pronto el escribano Montoya cuando Fernando se le acercó. El hombre alzó la copa en un gesto cordial hacia el joven.

—¿De qué parte sois, escribano? —le preguntó Fernando en tono cortés.

—Mi familia es de Burgos, de toda la vida. ¿Y vos, señor Cardeña?

—Podéis llamarme Fernando —dijo el joven sin apartar la vista de Alvarado, que charlaba animadamente con su tío y el señor Giacomo—. Mi familia es de Sevilla, pero me crie en Santo Domingo antes de regresar a Castilla.

—¡Un indiano! —exclamó Montoya con excitación—. Yo he solicitado a la Corona el título de Escribano de Indias para pasar allí junto a don Pedro y servirle en la capitanía de Guatemala. Si las cosas siguen su curso, pronto estaré al otro lado del océano para orgullo de mi familia.

—Os felicito por ello, señor Montoya.

Habían preparado bandejas y manjares de todo tipo para que los invitados degustaran con buen vino las maravillas culinarias de Sevilla. Tanto pajes, coperos como criados estuvieron atentos para que no faltara de nada durante la cena. Tras haber saciado el apetito, el señor Giacomo pidió a don Pedro que les relatara alguno de sus episodios en Nueva España, mientras probaban unos dulces y confituras.

—No quisiera molestaros con mis historias —se excusó el hidalgo con caballerosidad.

—Para nada. Nos complacería mucho oír alguna de ellas —manifestó doña Teresa, esposa de don Rodrigo.

Alvarado hizo una pausa y asintió tras un momento.

—En los primeros años de conquista, yo era un joven con las aspiraciones de cualquier hombre —dijo mientras barría la mesa con su mirada—. El gobernador de Cuba, que por ese entonces era el señor Diego de Velázquez, organizó una expedición a Yucatán. Con mucho esfuerzo conseguí armar una de las naos, gracias a la ayuda y la confianza de algunos amigos vecinos, que es como solemos hacer las cosas en Indias, y salimos de Cuba a explorar ese litoral desconocido. Fuimos los primeros en ver aquel lugar, con esas costas rebosantes de naturaleza y a esos pueblos que construían casas, torres, templos de piedra. Recuerdo un acantilado en la isla de Cuzamil. Sobre él vimos a un grupo de mujeres con túnicas que nos contemplaron junto a una torre blanca. Fue el encuentro de nuestros reinos. Aquel día, sin que nadie más lo supiera, un puñado de valientes cambiamos la historia de Castilla para siempre.

Una atmósfera de reflexión siguió a las palabras del adelantado. Fernando se vio arrastrado por la elocuencia de aquel señor, tras cuya apariencia de hombre de la corte se escondía un aventurero de los pies a la cabeza. El tono de su voz demostraba que Pedro de Alvarado era ambas cosas en los cargos de gobernador y adelantado. El corazón de Pedro de Alvarado ardía en deseos de nuevos descubrimientos y de conquistas, pero la vida y los años se perdían en el paso de los días.

—Es hermoso, don Pedro —murmuró doña Teresa.

—¡Por el adelantado de Guatemala! —brindó Giacomo Bardi con una sonrisa, en pie, para romper aquella tensión. Los presentes se levantaron de sus sillas y brindaron con orgullo por el gran conquistador.

2

Cuando la velada concluyó, el adelantado se ofreció a su anfitrión para que charlaran en privado en su despacho. Rodrigo de Cardaña se mostró de acuerdo y mandó llamar a su socio, Bardi, y a su sobrino para que lo acompañasen.

—Lo que hablemos debe quedar entre nosotros —le advirtió Alvarado.

—Algún día mi sobrino heredará esta casa y los negocios de nuestra familia —dijo Rodrigo con seriedad—. Necesito que os oiga y aprenda.

—Como vos dispongáis, pues —cedió Alvarado con una reverencia.

Los señores entraron en el despacho seguidos de Fernando, que cerró la puerta a su paso. Su tío le hizo un gesto para que le sirviera a cada uno el licor que guardaban en el armario. La sala se encontraba iluminada tenuemente por tres candiles.

—Vamos al grano, Cardeña —lanzó el adelantado como si disparara un arcabuz, en un tono mucho más directo y menos cortés que el que había llevado durante la cena—. Tanto vuestras mercedes como yo buscamos una cosa en común. Llenar nuestras arcas de plata y oro. ¿Me equivoco?

Rodrigo echó una mirada a Bardi. Luego dio las gracias a su sobrino cuando este le entregó un vaso de licor.

—La riqueza es solo una parte, don Pedro —añadió el genovés—. Los hombres de nuestra categoría son empujados por diversos motivos.

—Gracias, Fernando —dijo Alvarado al recibir su copa, y volvió la mirada a Bardi—. Estoy de acuerdo. Decidme, pues, cuáles son los vuestros.

Rodrigo de Cardeña se adelantó a su socio.

—La corte de Su Majestad —dijo sin rodeos.

—Yo cuento con gente próxima al rey, gente a la que escucha y estima su consejo. Es lo que puedo aportar a nuestra negociación.

—¿Habláis de Francisco de los Cobos, comendador mayor de Indias? —preguntó Bardi con el mismo gesto amable que de costumbre. Fernando había tomado asiento entre su tío y el señor Giacomo. Sabía que el genovés podía ser apacible y venenoso a la vez, como una serpiente. Su pregunta había salido disparada como un dardo. Alvarado miró a su interlocutor contrariado.

—Don Francisco es uno de ellos, así es.

Bardi no pareció intimidarse en absoluto por su tono.

—Sin embargo, sabemos que el señor De los Cobos no os prestará su ayuda hasta que no desposéis a su sobrina.

De pronto el despacho vio formarse una atmósfera de tensión. Fernando mantuvo la mirada puesta en Alvarado sin que le temblara el gesto. Una parte de él sentía curiosidad por ver cómo se manejaba

el hidalgo en aquellas aguas peligrosas. Apreciaba la manera en la que Bardi y su tío se enfrentaban a un principal, sin tapujos. Alvarado bebió de su copa para ganar tiempo. No se esperaba que esos señores tuvieran tanta información de primera mano.

—Don Francisco era el tío de mi difunta esposa, doña Francisca, a la que respeté hasta el último día de su vida. Su Majestad ha aprobado que despose a la hermana de doña Francisca, doña Beatriz, y ha intercedido por mí el padre Marroquín, obispo de Guatemala. No soy un hombre acostumbrado a dar explicaciones, señores, pero si las ofrezco es porque con ello espero ganar vuestra confianza. Diré las mismas palabras que me dio Su Majestad sobre esta cuestión: el matrimonio se consumará. Denlo vuestras mercedes por hecho.

Hubo un nuevo silencio en la sala. Luego Rodrigo tomó la palabra.

—Entended, don Pedro, que, para nosotros, vuestras amistades son vuestro aval —dijo en un tono cordial que daba a entender que buscaba un punto de entendimiento pero que al mismo tiempo dejaba clara cuál era la postura de la familia Cardeña.

Alvarado los miró sin desvelar ninguna expresión.

—El señor De los Cobos está tan interesado como el rey en que mi matrimonio llegue a buen puerto, por varios motivos. Uno de ellos es porque Su Majestad le ha otorgado a su secretario favorito las licencias para la compra y venta de esclavos africanos, tanto a él como a dos de sus socios. Ciento cincuenta cada uno, para empezar. En cuanto el rey ratifique mi nombramiento como adelantado y capitán general de Guatemala, haré uso de los recursos de mi capitania para la compra de esos hombres, que servirán en las minas de oro y plata.

Fernando hizo cuentas rápidamente. A cincuenta ducados por esclavo, el negocio ascendía a siete mil quinientos ducados. Una auténtica fortuna. Rodrigo echó una mirada a Bardi.

—El comercio de esclavos puede ser rentable, desde luego —dijo el genovés—. ¿Dónde entramos nosotros, pues?

—La compañía del señor De los Cobos les traspasará la licencia de esclavos a vuestras mercedes para que adelanten los pagos. Los portugueses les cobrarán cincuenta por cabeza. Yo les pagaré con el oro de las minas de Guatemala, digamos setenta y cinco ducados por esclavo.

Fernando distinguió un brillo imperceptible en la mirada de su tío. El joven lo conocía lo suficiente como para saber que aquello le

había agradado. Significaba entrar en un juego de comercio superior al resto. En el fondo, comenzaban a ser prestamistas de hombres de la corte. Los Cardeña adelantaban los pagos hasta que Alvarado pagara con la riqueza de su capitanía para su propio beneficio. Era un negocio redondo.

—Nos parece bien, pero queremos alguna garantía —dijo Rodrigo.

—Me lo suponía —respondió Alvarado, atento como un espadachín—. Os otorgo una encomienda cercana al puerto de Iztapa, en Acajutla, con mil quinientas cabezas de ganado y una casa con su hacienda y esclavos indios, colindante al cabildo de la ciudad, en la plaza Mayor de Santiago de Guatemala. Mañana mismo mi escribano, el señor Montoya, redactará los documentos y las escrituras.

Fernando pensó en Amir y en la vida de aquel africano, de cómo pasó de ser un hombre libre en las costas de Guinea a servir en la casa de un señor en Sevilla. Aquella ruta de hombres y mujeres condenados al trabajo forzado comenzaba en el África y acababa al otro lado del mundo, en las costas de la Mar del Sur. ¿Por qué Dios permitía que los hombres se vendieran unos a otros como dueños de las almas? ¿Por qué la Biblia hablaba de siervos y de amos?

Rodrigo de Cardeña y Giacomo Bardi aceptaron las condiciones de Alvarado. No obstante, todo estaba sujeto a que Su Majestad consiguiera la bula papal con la que Pedro de Alvarado desposaría a su propia cuñada, Beatriz de la Cueva. En caso contrario, el trato quedaría anulado. Rodrigo imaginó que aquello sería todo; no obstante, Alvarado permaneció en su silla de brazos sentado como un monarca.

—¿Tenéis algo más que proponer, don Pedro? —preguntó Bardi con cortesía.

—Os he dicho que Su Majestad está interesado en que mi matrimonio llegue a buen puerto por varios motivos —dijo Alvarado—, pero no os he dicho el principal de todos ellos.

Rodrigo y Bardi intercambiaron una mirada. Fernando advirtió que los ojos de Alvarado exhibían un brillo diferente. El adelantado volvió a tomar la palabra.

—Guatemala está cambiando. En estos momentos mis hombres preparan la mayor flota que haya surcado jamás la Mar del Sur. Os hablo de más de una docena de galeones. El rey me ha otorgado las licencias para el descubrimiento de todas las costas hacia el po-

niente, desde Nueva España hasta las islas de las Especias, las islas del clavo y la canela. Haré de Guatemala el gran puerto de la Mar del Sur.

Bardi alzó las cejas y Rodrigo se llevó una mano al mentón. A Fernando también le brillaron los ojos. De pronto, conseguir la bula papal para un matrimonio de un principal les pareció algo simple, poca cosa. Alvarado clavó su mirada encendida en los tres.

—Lo que hizo Magallanes por el sur lo haré yo por el norte —musitó Alvarado, y esta vez no pudo ocultar en el tono de su voz la desmedida ambición que guardaba su alma—. Ese océano es demasiado ancho e infinito como para que no haya un pedazo de tierra que descubrir y señorear. Su Majestad, don Carlos, me otorgará el título de conde de todo lo que encuentre, y yo procuraré acordarme bien de todos los que apostaron por esta campaña.

Hubo un silencio. Nadie dijo una sola palabra.

Rodrigo de Cardeña se puso en pie y anduvo hasta la ventana con los brazos cruzados. Sabía por los contactos de Bardi en la corte que no era la primera vez que Alvarado preparaba una armada similar. Lo había perdido todo en el Perú. ¿Cómo era posible que el rey le concediera una nueva oportunidad? Con aquella empresa, Alvarado podría llegar a convertirse en uno de los hombres más importantes y poderosos de los reinos de Su Majestad. Hasta entonces, solo habían oído las historias de un principal en la corte que se había ganado una merced similar, Hernando de Soto, a quien el rey acababa de conceder la conquista de La Florida. Soto andaba esos días en Sevilla ultimando licencias y preparativos para su flota.

En cuanto a ellos, a la familia Cardeña se le presentaba la oportunidad de dar un paso hacia delante. Si el rey confiaba en Alvarado, ¿por qué no habrían de hacerlo ellos también? Pasarían de ser simples mercaderes a prestamistas e inversores de grandes señores y grandes campañas. Como los Pasamonte, los Ruiz, los Centurione o los Grimaldi. No obstante, la única forma de crecer era tomar riesgos, apostar fuerte, aunque aquello supusiera poner en peligro la riqueza de toda una vida. Todo o nada.

Alvarado se puso en pie también.

—Os ofrezco ser los armadores de mi expedición. Es una decisión que debéis pensar con detenimiento con los vuestros, don Rodrigo —dijo al tiempo que le estrechaba la mano. Luego hizo lo

mismo con Bardi. Por último, dio la mano a Fernando—. Dadme una respuesta mañana, antes de mi partida.

Alvarado abandonó el despacho. La reunión había concluido.

3

A la mañana siguiente, Alvarado tomó asiento en la escribanía y comenzó a redactar una carta a su amigo y aliado Francisco de los Cobos acerca de los últimos acontecimientos. Dejaría un espacio en blanco hasta conocer la respuesta de los Cardena. De lo que dijeran dependería el futuro de su campaña y el de su matrimonio. Necesitaba armadores. Para una expedición de tal calibre, debía reunir una suma considerable, y dadas las circunstancias, cualquier aporte sería bienvenido.

Alvarado estaba acabado. Le quedaban menos de tres mil ducados para todo lo que tenía por delante, y eso era algo que nadie más sabía. No tenía dineros ni siquiera para pagarse una nao a Indias, y, además, por si fuera poco, allí lo esperaba con las garras afiladas la larga lista de enemigos que había cultivado esos años, encabezados por el licenciado Alonso de Maldonado, el oficial encargado de hacerle un juicio por sus acciones como gobernador.

La última década había sido un desastre tras otro. En 1527, los oficiales de Nueva España lo acusaron por sus excesos contra los indios durante la conquista de México y Guatemala. ¡Excesos en la guerra! Eran cargos con la gravedad suficiente como para que los oficiales de la Casa de la Contratación lo apresaran. Aquellos años, todo aquel que hubiese servido en las campañas de Hernán Cortés contaba con enemigos en la corte. Alvarado viajó a Castilla antes del proceso. No tenía amigos ni alianzas, solo su fama de conquistador, su apariencia y su cortesía. Consiguió así cortejar a doña Francisca, la hija de Luis de la Cueva, señor de la Solera, emparentado con el duque de Alburquerque, y de doña María Manrique. Gracias a ellos, obtuvo la amistad del secretario favorito de Su Majestad, De los Cobos, el hombre que habría de sacarlo de aquel agujero.

Cuando Alvarado volvió a México con un indulto firmado por el rey, sus enemigos se vieron obligados a dejarlo en paz. Pese a que doña Francisca murió de fiebres nada más pisar tierra, logró mantener la alianza con De los Cobos en la corte, a quien le venía de perlas

contar con un hombre leal en Indias. En dos años, Alvarado armó una flota en la Mar del Sur y pidió al rey los permisos para conquistar las tierras que hallara en dirección a las islas de las Especies. De los Cobos le consiguió la licencia. Alvarado construyó cuatro galeones con el sudor y la sangre de los indios y el resto las requisó a un par de hidalgos, sin importar las consecuencias. Pidió préstamos, vendió sus propiedades y lo arriesgó absolutamente todo. Partió en 1532 desde Guatemala hacia el sur y, frente al Perú, se dispuso a cruzar el océano. La mala suerte hizo que los vientos contrarios lo llevaran de regreso a la costa. Alvarado no tuvo más remedio que desembarcar a su ejército en el Perú, con todos sus pertrechos, y desistió de cruzar el mar.

Debido a que el sur pertenecía al adelantado del Perú, Francisco Pizarro, Alvarado decidió iniciar una larga travesía hacia el norte en busca de alguna región sin dueño por conquistar, tentado por las riquezas de la tierra que había entre Castilla del Oro y el Perú. Aquella travesía les reportó a él y a su hueste ocho meses de extrema dureza. El sueño de Alvarado de hallar nuevas tierras donde hubiera más oro y plata que en Guatemala se desvaneció. Entonces los pocos hombres que había dejado junto a la flota, en el sur, lo traicionaron: avisaron al adelantado Pizarro, y este fue a su encuentro con un ejército. Meses después, en agosto de 1534, se vieron frente a frente los dos ejércitos, a cientos de leguas al norte de Cuzco. Alvarado no estaba en condiciones de luchar, de modo que Pizarro lo obligó a deshacerse de su armada. La bolsa o la vida, la venta o la muerte.

Aquel podría haber sido el final de sus desgracias; sin embargo, cuando por fin Alvarado consiguió llegar a Santiago de Guatemala, descubrió que sus enemigos, aliados del virrey de Nueva España, le habían impuesto aquel dichoso Juicio de Residencia. Este era un procedimiento habitual por el cual todo aquel que se hubiera visto agraviado durante su cargo podía acusarlo. Luego, tendría que pagar las multas dictadas por el tribunal. A Alvarado se le acusó de despoblar Guatemala y de vender a los indios a Pizarro para su propio beneficio.

El designado por el virrey para el proceso fue el licenciado Alonso de Maldonado. Don Pedro, en su opinión, no se había jugado la vida contra los aztecas y luego en la sangrienta campaña de Guatemala como para acabar sus días empobrecido por culpa de un maldito jui-

cio dirigido por un secretario. Se negaba a pensar que había obrado mal o que aquello era fruto de una ambición desmedida. Alvarado estaba convencido de que su empeño lo convertiría en el hombre más poderoso de la Mar del Sur. Tomó una carabela en Puerto Caballos y puso rumbo a la corte en busca de aliados poderosos.

A su llegada a Castilla, mostró los respetos a su suegra, doña María Manrique, viuda de Luis de la Cueva. Entonces quedó cautivado por la belleza de su cuñada, la hermosísima Beatriz, hermana de su difunta esposa. La familia lo vio como una nueva oportunidad. Tras su visita, Alvarado cabalgó a la corte y consiguió impresionar nuevamente a De los Cobos y a Su Majestad. Su agilidad de palabra, la justa ambición que demostraba y su planta de hombre noble lo ayudaron a persuadir a sus interlocutores. Estaba tan seguro de los motivos que lo movían que resultaba imposible no dejarse arrastrar por aquel discurso tan encendido. Y el rey necesitaba de hombres así. Aquel océano inmenso llamado Mar del Sur no podía cruzarse por el Perú. Magallanes y Elcano lo habían logrado, pero más abajo de la capitania de Chile. Estaba convencido de que había que intentarlo por el norte, frente a Nueva España. Tanto el rey como sus cartógrafos estuvieron de acuerdo. De los Cobos, que necesitaba recuperar los dineros prestados al hidalgo, sedujo al rey. Lo demás fue coser y cantar, y de esta manera Su Majestad le volvió a dar una nueva licencia y lo obsequió con una bula papal. Con astucia y buen hacer, Alvarado se había ganado una segunda oportunidad, y estaba dispuesto a todo con tal de descabezar a sus enemigos.

4

A la mañana siguiente, Amir, el africano, apareció por las cocinas, y la señora Aldonza lo obligó a tomar asiento en la mesa y a comer un poco de pan y carne. Apenas despuntaban las primeras luces. El día había salido plomizo, cubierto de nubes que anunciaban lluvia.

—Venga, muchacho. Come un poco, que debes de estar hambriento.

—Gracias, señora.

La mujer siguió con lo suyo.

—¿Has pasado la noche fuera? —preguntó de espaldas a él.

—No, no —se explicó el africano—. He dormido en el cuarto del almacén. He salido a caminar por las calles de por aquí, pero luego tuve miedo de perderme. Estaba muy oscuro.

—En un par de días conocerás bien la ciudad —suspiró la criada mientras apoyaba una jarra de cerveza en la mesa y se quedaba mirándolo—. Cuida bien del señor. Los Cardeña son buena gente y se ocuparán de ti.

Amir le sostuvo la mirada.

—Eso haré.

—Venga, que no se te enfríe el plato.

Amir comió la carne y el pan con avidez y luego dio un trago largo a la cerveza. Poco después, vio que la criada trataba de levantar una cacerola para ponerla sobre el fuego. El africano se levantó y cogió la olla con sus brazos fuertes. La señora Aldonza se llevó una mano a la frente.

—Uf, cuánto pesa eso, hijo mío.

En ese momento apareció Fernando. Iba ataviado con unas lujosas prendas y un sombrero, una parlota de terciopelo tocada con una pluma. Para sorpresa del esclavo, el joven apartó una de las sillas y se sentó a su lado. Después de dar buena cuenta de la carne y el queso, Fernando le explicó que cruzarían la ciudad hasta el Arrenal para ver si había llegado algún cargamento de la familia.

—Tu labor es acompañarme y hacer lo que te diga —dijo—. Eso es todo.

Amir asintió. Luego se dirigieron al portón y vieron que Diego de Estrada los esperaba en la calle. Fernando le había pedido que lo escoltara al puerto. Estrada tenía mala cara, como de costumbre, y Fernando habría apostado que había pasado la noche en vela.

—Buenos días de Dios —lo saludó Fernando.

—Para algunos sí —respondió su amigo. Estrada echó un vistazo al esclavo de arriba abajo. No ocultó la impresión que le provocaron su altura y su constitución, así como la camisa de mangas acuchilladas que relucía, blanca y limpia, en el cuerpo del africano—. ¿Y este quién es?

—Se llama Amir, y entiende bien lo que dices —dijo Fernando, que se giró hacia el africano—. Este es el capitán Diego de Estrada.

Amir le ofreció su mano para estrechársela.

—Buenos días, capitán —dijo con su voz gruesa.

Estrada aceptó el saludo y fue junto a Fernando.

—Espero que nos paremos a comer algo antes de ir al puerto.

—Aldonza ya nos ha alimentado bien —comentó Fernando sonriente—. La próxima vez te vienes antes.

El capitán masculló algo entre dientes, mientras esquivaban charcas de barro y suciedad. Los tres tomaron rumbo hacia la puerta del Arenal. Vieron a lo lejos varias naos y galeones que pertenecían a una misma armada y cuyos aparejos y jarcias cortaban el horizonte. Ya entre el ajetreo del Arenal y los arrabales —llenos de mercaderes, comerciantes, porteadores, criados y esclavos entre cajones y sacos de diverso género—, bajo el murmullo y el mal olor, Fernando distinguió al oficial Ocaña, que volvía de revisar unas barcas cargadas con baúles de mercancías.

Estrada y Amir lo aguardaron a cierta distancia.

—Joven Cardeña —dijo el oficial—. Ayer por la tarde llegó una nao de Indias que llevaba semanas retenida en las Azores. Vino con un cargamento de azúcar para vosotros que ya pasó por la Casa de la Contratación y ahora está en los almacenes. Os trajo algunas cartas. Tendréis que declararlo.

Fernando recordó los consejos de su tío.

—He hablado con un comerciante que busca colocar un cargamento de especias —añadió Ocaña, y Fernando supo exactamente a lo que se refería. Una parte del negocio iría para el oficial—. Le he dado el nombre de vuestro tío.

El joven le estrechó la mano y le dijo que la familia tendría en cuenta su aportación, como siempre. Ocaña le entregó la información del mercader y se despidieron. Los tres se dirigieron a los almacenes que estaban en la misma calle ancha de la alcaicería y la aduana. Fernando entró con sus aires de principal y habló con los oficiales. Luego, uno de los mozos lo acompañó y le indicó cuál era su cargamento. Fernando frunció el ceño, preocupado, al verlo.

—¿Eso es todo?

El mozo asintió y se retiró. Era poca mercancía, tan poca que pensó en venderla a algún comerciante local. Se preguntó por qué razón en Indias habían cargado esa cantidad de especia. ¿Qué había ocurrido?

—¿Qué pasa? —preguntó Estrada—. ¿Te han robado?

Fernando negó con la cabeza y dio una palmada a uno de los sacos. El murmullo de los comercios de la calle se colaba por el ventanuco del almacén.

—No, no lo creo. Pero me pregunto por qué ha venido tan poco género. Es menos de la mitad que la última vez. —Fernando echó un vistazo alrededor y se detuvo en el capitán y el africano—. Diego, enséñale a Amir dónde alquilar un carro y a unos porteadores para llevarnos un quintal a nuestra casa. Después, regresad. Yo tengo asuntos que resolver.

Estrada y Amir intercambiaron una mirada.

El joven dejó a su amigo y al esclavo con esas tareas y se marchó a la aduana a declarar las mercancías. Después, subió por la misma calle hacia la catedral y tomó rumbo a la Casa de la Contratación. El edificio se encontraba en las antiguas dependencias del Alcázar Real. En aquel lugar se regulaban tanto el comercio como la navegación a Indias, así como todos los asuntos referidos a las licencias de pases, la declaración de remesas de oro y plata o las expediciones y flotas. Todo lo que entraba y salía de las Indias estaba controlado y pasaba por las mesas y las manos de los funcionarios de la Casa de la Contratación, sus oficiales y su tesorero. Fernando accedió por el postigo y vio que estaba lleno de señores hablando en corrillos, dando voces con buen ánimo. Se dio cuenta de que en su mayoría eran portugueses. Fue a la sala de los funcionarios y preguntó por sus cartas. Un secretario regresó con un fajo bastante grueso de correspondencia de diversos sitios para su familia. Fernando casi no oía lo que le estaba diciendo el funcionario a causa de la algarabía en el patio del alcázar.

—¿Se puede saber qué sucede ahí fuera? —preguntó Fernando de mal humor.

El hombre le entregó el paquete de cartas después de que el joven trazara su firma en uno de los libros.

—Han venido señores de Portugal a sumarse a la flota de Hernando de Soto, el nuevo gobernador de Cuba —dijo sin mucho interés—. Están aquí para sus licencias.

Fernando miró por la ventana. Varias semanas atrás había oído hablar de aquella expedición. Hernando de Soto era un hidalgo que había hecho fortuna en el Perú y llevaba más de un año viviendo en un caserón en Sevilla. Se decía de él que se había desposado con la chiquilla más hermosa de la corte, doña Isabel de Bobadilla. El rey le había otorgado a Soto los permisos para armar una flota para la conquista de La Florida, y muchos hidalgos de su tierra se habían sumado. Ahora, eran los portugueses los que acudían a la llamada a la aventura en el Nuevo Mundo.

Fernando salió con las cartas bajo el brazo y cruzó el patio entre los capitanes. Acostumbrado a ver a gente de categoría, se dio cuenta de que aquellos hombres eran gente distinta al resto, aventureros habituados a andar con la muerte tras ellos. Estaban allí por la gloria de su nombre y nada más. Se preguntó cómo alguien podía ser capaz de vivir de tal modo. Esos hombres se embarcaban a lo desconocido y buscaban hacer riqueza desesperadamente en campañas y expediciones temerarias. Lo contrario al orden y a la estrategia de un buen mercader.

5

El cielo de Sevilla se cubrió de nubes, y corrió el viento que solía anunciar la lluvia. Fernando regresó a la casa y comprobó que Pedro de Alvarado y su séquito se habían marchado esa mañana. El gobernador de Guatemala tendría tantas cuestiones y asuntos por resolver que no tenía tiempo que perder. Eso significaba que su tío y Giacomo le habrían dado una respuesta. Fernando fue del atrio a las escaleras con el legajo de cartas en las manos. A la distancia vio a Amir y a Estrada comiendo juntos en las cocinas, con Aldonza. El joven subió los escalones de dos en dos. Se dirigió al despacho de Rodrigo. Tocó a la puerta dos veces y, sin esperar, entró.

Giacomo Bardi, Rodrigo de Cardena y su primo, Juan, estaban sentados a la mesa discutiendo. El secretario Cereceda estaba en la escribanía redactando un documento. Los tres hombres de la mesa alzaron la vista al ver aparecer a Fernando. El joven dejó las cartas sobre la mesa. En otra ocasión, su tío las hubiese abierto en ese mismo momento; sin embargo, aquella discusión era lo suficientemente importante como para no distraerse con otra cosa.

—¿Y bien? —preguntó el joven de pie, con las manos en el respaldo de una de las sillas.

Fue el señor Giacomo quien habló.

—Hemos decidido comerciar con esclavos con las licencias del señor De los Cobos —anunció con cautela—. No podemos rechazar una oportunidad como esta. El hombre más poderoso de Castilla será nuestro socio.

—¿Y a qué vienen esas caras, pues? —quiso saber Fernando.

—La campaña de la Mar del Sur. Guatemala —dijo su primo.

Fernando tomó asiento. Estaban en juego los destinos de su familia. Si bien eran negocios para enriquecerse como ningún otro, tanto los esclavos como un campaña acarreaban un riesgo considerable.

—¿Qué pasa con eso?

Rodrigo miró a Fernando con un gesto de preocupación.

—Nuestra familia va a probar a hacer negocios con esta gente, porque tenemos la posibilidad de acercarnos a la corte.

—Sabemos que hay algo que Alvarado ha querido ocultarnos —añadió Giacomo.

—No solo eso —continuó Rodrigo—. Temo que sea de esos hombres acostumbrados a no pagar sus deudas y que dejan tirados a sus socios. Si nuestra familia adelanta los pagos para sus esclavos, él obtendrá la fuerza de trabajo necesaria para construir la flota que pretende, y podría largarse a hacer su campaña y esperar a descubrir esas tierras antes de devolver las ganancias.

Fernando barajó todas las opciones.

—Bueno, por eso nos ha ofrecido una hacienda en Santiago de Guatemala, cabezas de ganado, una encomienda...

—Es él quien ha tasado el precio de ese aval, Fernando —argumentó Rodrigo—. Ninguno de nosotros ha visto con sus ojos esa casa ni ha contado las cabezas de ganado. Y en cuanto a la encomienda... Los hombres de Indias se reparten el territorio a su antojo; nadie me dice que quizás esté plagado de tribus y tenga que ir yo mismo a pacificarlas.

—No estarás insinuando que... —dijo Fernando.

—Eso es, hijo. No me fío de ese hombre —sentenció su tío.

Todos permanecieron en silencio durante unos instantes.

—Si solo participamos del comercio de esclavos, corremos peligro de que Alvarado nos la juegue y se marche a su expedición antes de devolvernos nada —recapituló Fernando mientras pensaba en voz alta con la vista en la mesa—. Eso nos deja dos opciones. La primera, no hacer nada. La otra, apostar por las dos empresas.

Rodrigo de Cardeña asintió, satisfecho de que su sobrino comprendiera la difícil encrucijada a la que se enfrentaban.

—Eso es.

—¿Entonces? —preguntó el joven.

Su tío se inclinó y apoyó las manos en la mesa.

—No podemos hacer frente a las dos cosas —le explicó Rodrigo.

Fernando no estaba seguro de cuánta sería la participación de su familia en la campaña de la Mar del Sur.

—¿Cuánto habéis decidido apostar?

Rodrigo intercambió una mirada con su amigo, el genovés.

—Cuarenta mil ducados —dijo Bardi.

—Dios mío —murmuró Fernando sin aliento.

—Hemos hablado con los Espinosa para que nos hagan un préstamo —dijo Rodrigo.

Fernando sabía que, aunque aquella familia sevillana de mercaderes banqueros tenía buenas relaciones con su tío y con Bardi, era demasiado arriesgado.

—¿Qué os han dicho? —Fernando miró a Rodrigo y luego al señor Giacomo.

Rodrigo se puso de pie y fue hacia la ventana. Fuera comenzaba a lloviznar.

—Quieren esta casa y nuestra nao como garantía por esa cantidad —prosiguió el genovés.

Fernando se quedó sin palabras.

—Vamos a actuar con cautela —los tranquilizó Rodrigo—. Alvarado no se irá de aquí hasta que el rey haya firmado por escrito sus capitulaciones, el papa le entregue su bula y consiga desposar a doña Beatriz de la Cueva. Después tendrá que armar una flota, que no es poca cosa. Pensad en Hernando de Soto y en cuánto tiempo le ha tomado armar sus asuntos aquí en Sevilla. Alvarado no se irá antes de la próxima primavera. Tenemos un año para pensar las cosas con calma.

Las palabras de Rodrigo de Cardeña apaciguaron a los suyos.

A continuación, trataron otros temas. Fernando les informó acerca de la llegada de un cargamento de azúcar que había visto esa mañana y del comerciante de especias que le había dicho el oficial Ocaña. Tuviron la impresión de que trataban asuntos pequeños en comparación con las grandes campañas y negocios con hombres de la corte. Luego Fernando volvió a tomar la palabra y habló sobre su propuesta a Leonor Duarte. Solo faltaba que las dos familias se pusieran de acuerdo para el matrimonio.

—Iremos juntos esta misma semana y hablaré con Duarte sobre esto y el asunto de la dote —comentó Rodrigo—. Os casaréis antes del verano y viviréis aquí antes de marcharos a Génova.

—¿A Génova? —preguntó Fernando sonriente, y luego echó una mirada a Bardi, que lo obsequió con un gesto cómplice.

Su primo Juan se adelantó.

—Si vendemos esclavos de África, me llevaré a Lucrecia y a mi hijo a vivir a Lisboa —dijo entusiasmado.

Fernando volvió la vista a Rodrigo.

—Desposarás a Leonor Duarte y os iréis a la casa de los Bardi en Génova —anunció su tío, que intercambió una mirada con su socio y amigo Giacomo—. Pero me parece que ya estabas al tanto de eso. Juan se irá a Lisboa y tu padre, Fernando, se encargará de Guatemala y de Alvarado y de ir hasta allí. Tú serás el agente de nuestra familia en Italia, Fernando, como siempre has querido.

6

La tarde se oscureció, y lloviznaba de tanto en tanto. La gente se resguardó en sus casas; fueron muy pocos los que se dejaron ver por las calles o la plaza de la catedral. Fernando invitó al capitán Estrada y a Amir a beber vino en una de las tabernas más concurridas en la calle de las Escobas. Aquel lugar era tan viejo como podía serlo la ciudad, su fama era conocida por todos. Cuando los tres compañeros cruzaron el umbral, la luz tenue y el ambiente cargado los envolvió. Tomaron asiento en una de las mesas del fondo, y Fernando pidió que le llevaran una jarra de vino bueno, pan, quesos curados, tocino y aceite para celebrar la decisión de su tío. Luego le contó a su amigo los planes para su familia enviarlo a Génova.

—Yo no volvería a Italia por nada del mundo —esgrimió Estrada mientras mojaba un trozo de pan en el aceite de oliva, espeso y sabroso.

—Esto es diferente —dijo Fernando—. Yo no me he alistado en los Tercios. Viviré en la villa de los Bardi.

Estrada se encogió de hombros.

—¿Por qué razón no quiere regresar, capitán? —intervino Amir.

Estrada le hizo un gesto a Fernando ante la pregunta. Luego miró a Amir y esbozó una media sonrisa cargada de ironía.

—Italia es como una mujer, africano. Es hermosa y canalla, depende desde dónde se la mire. Es el cielo y el infierno en un mismo sitio. Puta y dama.

Amir asintió lentamente, sin comprender las palabras de Estrada. Fernando le explicó lo que había querido decir su amigo con esas palabras.

—A todos nos ha pegado la vida —esgrimió el africano al tiempo que se cruzaba de brazos y exhibía sus músculos. El esclavo había visto las desgracias de su gente a manos de los portugueses que recorrían las costas de su tierra en busca de prisioneros. Sabía de lo que hablaba.

—La historia del capitán es diferente, Amir —sostuvo Fernando—. Podría decirse que ha bajado varios escalones en el infierno de los hombres.

Estrada alzó un poco el vaso para brindar. En la mesa de al lado dejaron escapar risas y chanzas. Jugaban a las cartas y apostaban.

Amir seguía con los ojos puestos en el capitán.

—¿Qué es lo que ha visto? —le preguntó el africano.

El capitán endureció el gesto.

Diego de Estrada había participado como infante en la batalla de Pavía en febrero de 1525 y había visto con sus propios ojos la captura del rey de Francia. Dos años después, fue ascendido a capitán. En marzo de ese mismo año, vivió en sus propias carnes cuando se les negó una paga por enésima vez a los cinco mil españoles que iban en el grueso del ejército de Su Majestad. No obstante, sí se les pagó a los más de doce mil lansquenets que iban con ellos. Estrada era un hombre acostumbrado a matar, a obedecer y a malvivir, casi siempre con hambre. En una armada con tantas banderas e idiomas, se dio cuenta de que lo único con lo que podía contar era con la camaradería y lealtad de sus compañeros de armas. El rey francés había sido derrotado, y fueron a por su aliado, el papa. Dos meses después, aquel ejército tan desigual, con sus pagas adeudadas, llegaba a las puertas de Roma, y daba inicio al saqueo más sanguinario de la historia.

—Recuerdo que nos colamos por la ventana de un palacio y a través de allí logramos alcanzar la plaza de San Pedro —relató Estrada, a quien le había cambiado la voz, sentado a la mesa de la taberna. Fernando, que pocas veces le había oído comentar aquellos episodios, sabía que habían forjado el carácter del hombre que tenía frente a él. El capitán prosiguió con su relato ante la mirada apasionada de Amir—: Los lansquenets fueron llenando la explanada empuñando sus alabardas, partesanas y montantes en primera fila.

Frente a ellos se dispuso la Guardia Suiza, una compañía de mercenarios cuyo único propósito era salvar la vida del papa. Formaron en bloque frente a San Pedro, para proteger a su señor y a las reliquias sagradas. No eran más de ciento cincuenta hombres contra miles de mercenarios alemanes que venían a por ellos.

—Eso no lo sabía —murmuró Fernando. Estrada asintió, muy serio.

—Nunca, en toda mi vida, he vuelto a ver tal muestra de valentía como la que exhibieron esos suizos. Aguantaron como hombres y bañaron con su sangre la escalinata de la basílica.

—¿Y qué pasó después? —quiso saber Amir, con los ojos brillantes.

Por su mirada, Fernando se dio cuenta de que Amir era también un aventurero. Un hombre que había visto mucho mundo y que tenía la certeza de que habría de morir muy lejos del sitio que lo había visto nacer.

—Fueron masacrados, pero le dieron tiempo al papa para huir al castillo de Sant'Angelo a través de un pasadizo secreto.

El africano dejó escapar una risa y dio un puñetazo a la mesa, como un crío. Tenía toda su atención puesta en la historia del capitán. Jamás había oído nada acerca de esas guerras ni de esos lugares.

—¿Y con la ciudad? ¿Qué ocurrió? —siguió Amir. Estrada y Fernando intercambiaron una mirada. El capitán bebió de su copa para pasar el mal trago del recuerdo.

—La saquearon —dijo Fernando, dando por concluido el relato.

Esa historia Fernando la sabía bien, cómo los hombres se cobraron sus pagas derramando sangre y violando a todas las mujeres. Como le había contado Estrada en su día, los españoles fueron los más ingenuos. Muchos alemanes regresaron ricos a su tierra. Estrada apenas consiguió el sueldo de un año. Sin embargo, fue testigo de cosas a manos de los lansquenets que jamás olvidaría. Fernando era consciente de que la campaña de Italia había cambiado la manera de ser de su amigo, que ahora malvivía entre la mala gente. Se preguntó si acaso habría alguien en el mundo que después de ver aquello mantuviera alguna esperanza. Para Estrada, la realidad del hombre era violenta y salvaje, como el saqueo de una ciudad sagrada.

—Lo que ha visto, capitán, tiene una explicación —dijo Amir después del silencio en el que se habían quedado—. Una guerra, las decisiones de hombres poderosos. Ese es su consuelo.

—Pues vaya consuelo de mierda —respondió Estrada.

Amir negó con la cabeza.

—La gente de mi país vive libre y trabaja la tierra para dar de comer a sus hijos, nunca hicimos nada malo. Un día vimos aparecer cinco naves en la bahía. Pensamos que eran hombres del norte que venían a comerciar con nosotros. —Amir se detuvo, y Fernando vio que su expresión volvía a ser la misma del mercado de las gradas, aquella mirada apagada—. Nunca imaginamos que, en realidad, lo que buscaban comerciar era *a nosotros* mismos. Vi a muchos hombres y mujeres pelear y morir sin ninguna razón; a unos los mutilaron y les cortaron las manos, otros perdieron su cabeza, a las mujeres las violaron y a las madres les arrebataron a sus hijos para venderlos.

Fernando bajó la mirada, contrariado. El hecho de que su familia fuera a dedicarse al comercio de esclavos lo entristeció. Podrían haber vendido cualquier otra cosa; lo que le interesaba a su familia era estar cerca de los hombres de la corte. Sin embargo, tenían licencias para vender esclavos africanos, bereberes, turcos e infieles. Pero, como decía Amir, se trataba de hombres libres.

Estrada asintió al oír todo aquello y se bebió el vino de su vaso de un trago, como si de pronto las palabras del africano lo hubieran despertado de un letargo. Llevaba mucho tiempo sin pensar en nada referente a esos años, en espera de que el duelo pasara. Sin embargo, aquel duelo se alargaba en el tiempo, mientras el capitán desperdiciaba sus días con vicios de mala vida tan solo para olvidar.

7

Poco antes de la medianoche, Fernando se despidió de Estrada en la taberna y regresó a casa en compañía de Amir mientras en el cielo los truenos anunciaban un aguacero. Al llegar a la casa, el africano le dio las buenas noches y se retiró a su cuarto junto al almacén. El joven subió las escalinatas. La lluvia descargó en ese momento, y Fernando se detuvo a contemplar la cortina de agua que caía por el atrio y hacía resonar con fuerza la piedra del suelo y de las columnas. Desde siempre había apreciado mirar la lluvia desde la balconada. La tranquilidad de la noche lo llevó a pensar en las historias de Estrada y de Amir. El agua corría por las canaletas y por las tejas hasta el hueco de la alcantarilla, que se había transformado de pronto en

una fuente natural. Imaginó que se hallaba bajo la cascada en un lugar indómito, en mitad de la selva, y entonces se encontraba con la india que se le aparecía en sus sueños. La pasión que despertaba en él era lo contrario a lo que sentía por Leonor, un amor recto y distante. Fernando nunca había tenido la necesidad de acudir a la mancebía a calmar sus arrebatos carnales; sin embargo, se preguntó si acaso los hombres compartirían alguna vez aquellos impulsos con sus esposas o si, por el contrario, calmaban sus culpas en compañía de concubinas o amores de pago. Estas cuestiones lo apenaban, y más lo hacían por el hecho de que iba a pedir la mano de Leonor y a llevársela lejos de su familia. Vivir en Génova significaba recorrer el norte de Italia, acudir a los mercados de Lucca, Florencia y Venecia, visitar hermosas ciudades con las que trazaría nuevas alianzas —como Siena, Verona y Ferrara—, y pensaba hacerlo en solitario, sin la compañía de su mujer, que lo esperaría en la casa de los Bardi. El matrimonio era el precio que había que pagar por ser un hombre de su categoría. Incluso señores como Pedro de Alvarado se veían en la obligación de desposar a una dama con el fin de cumplir sus objetivos. Del mismo modo, Fernando necesitaba de la dote de Leonor y del santo sacramento para alcanzar la adultez.

No había visos de que la lluvia fuera a detenerse. Fernando recorrió el pasillo hacia su alcoba cuando vio la puerta entreabierta del despacho de su tío. Distinguió la luz de los candiles. Tocó dos veces al marco y entró. Rodrigo de Cardeña estaba sentado a la larga mesa con una mano en el rostro, con las cartas abiertas frente a él. El joven sabía que aquella semana era crucial para cerrar los tratos y negocios de la familia, por lo que no era raro verlo trabajar hasta esas horas de la noche.

—¿Qué haces por las calles a medianoche? —le preguntó Rodrigo.

—He ido con Estrada a la taberna —respondió—. No tienes que preocuparte.

Su tío asintió y pasó por alto el tema. Cuando apartó la mano que tenía en el rostro, Fernando comprobó que tenía la mirada cristalina y que un velo funesto cubría su semblante. Distinguió en la carta que tenía delante el trazo a vuelapluma de una tal doña Beatriz del Castillo.

—¿Qué ocurre? —El joven fue hasta su tío y tomó asiento. El gesto de Rodrigo pasó de la amabilidad a la preocupación.

—Las cosas van a cambiar, hijo.

Fernando entornó la mirada.

—Lo sé —dijo—. Todo será diferente.

Rodrigo negó con la cabeza con parsimonia.

—No lo entiendes. No es eso a lo que me refiero.

El viejo mercader pasó la mano por la carta que tenía frente a él. De pronto, Fernando se dio cuenta de que algo irreparable había acontecido. El gesto de Rodrigo le dio a entender que la muerte y la desgracia se habían hecho presentes y habían cambiado para siempre los destinos de su familia y el suyo.

—¿Qué ha sucedido? —se atrevió a preguntar.

Rodrigo alzó la mirada hacia él y la luz de las velas tiñeron sus lágrimas de tristeza. Sus palabras emergieron del dolor y la incertidumbre.

—Tu padre ha muerto, Fernando.